

ALEJANDRO LLANO, *La nueva sensibilidad*, Ed. Espasa Calpe, col. Universidad, Madrid, 1988, 244 págs.

Se han cumplido ya dos décadas del famosos "mayo francés". ¿Qué pedían los estudiantes de 1968? Lo que *pedían* presentaba un tenor político. Pero lo que *querían* era un cambio más profundo, que hoy sabemos poseía un carácter profundamente *cultural*. Y ahora más que nunca se siente como necesario ese cambio, entonces exigido sin éxito. Así lo afirma Alejandro Llano, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra. Piensa que nos hallamos precisamente ante *La nueva sensibilidad* -como lleva por título su reciente libro-, que anuncia tal vez una nueva época.

La forma de vida que rechazaban los estudiantes europeos del 68 era la del llamado *Estado del Bienestar (Welfare State)*. El Estado del Bienestar es una especie de mezcla pactada entre las dos ideologías dominantes hoy en Occidente: el neoliberalismo y la socialdemocracia. Se trata de un pacto implícito entre la defensa de la libertad de mercado y la exigencia de una mayor intervención del Estado, a través de sus políticas de protección y control social.

Que esta mezcla sigue vigente es hoy patente en muchos países, así como también resulta evidente que es un modelo en crisis. Este es el punto de partida del profesor Llano que, con su libro, se introduce de lleno en los temas sociales y culturales más candentes.

A pesar de sus indudables éxitos, el Estado del Bienestar tendía ya hace veinte años -y hoy de manera más clara- a reducirlo todo a política y economía: Estado y mercado. Todas las transacciones *importantes* -subraya Alejandro Llano- utilizan dos medios de intercambio: el poder y el dinero. Si acaso, añade un tercer factor: los medios de comunicación, cuyo poder es la influencia persuasiva. De manera que sólo es posible cambiar dinero por poder, poder por dinero, influencia por dinero, etc.

Si todo lo *serio* de la vida es sólo lo que se puede adquirir mediante el poder político y económico, o con influencia, se dejan fuera las preferencias "más calidad y personales". Ante tal reduccionismo, la suerte de la sociedad actual -afirma el profesor Llano- se juega en que logremos o no creemos una máxima escrita hace venticinco siglos por uno de los fundadores de nuestra civilización, el viejo Aristóteles: "La amistad es lo más necesario de la vida" (*Ética a Nicómaco*). Nadie puede ser feliz -que es de lo que, en definitiva, se trata- si no tiene amigos, es decir, personas con las que su relación no es política ni económica.

A juicio de Alejandro Llano, los estudiantes de 1968 pedían a tientas un *modo de vida* donde lo decisivo fueran las *personas* y no las cosas. Y es que en 1968 empezaba a comparecer un fenómeno histórico de gran envergadura: la *crisis de la modernidad*.

El término *modernidad* designa tres cosas. En primer lugar, el nombre propio de un periodo histórico: la Edad Moderna. En segundo lugar, se refiere al conjunto de innovaciones y producciones de esta época. Y, por último, significa el *proyecto moderno*. Lo que hoy se debate es precisamente esta tercera acepción: la vigencia o no del *proyecto moderno*.

Para el autor del libro, este proyecto empieza a mostrar signos de fatal decadencia. En coincidencia con el fin del segundo milenio, nos encontramos quizá en el trance de cruzar "el umbral de una nueva época", que todavía no tiene nombre, y a la que provisionalmente llamamos *postmodernidad*.

La *modernidad* consiste en reducir toda la realidad a la sola razón humana. El hombre moderno es el que confía exclusivamente en su razón autónoma; en una razón que se da leyes a sí misma; en una libertad que, en vez de escuchar atentamente la voz de la naturaleza, pretende dominarla. El hombre moderno, en fin -concluye Llano-, es el hombre fáustico; como Fausto, domina al mundo por medio de la ciencia y de la técnica; pero, también como Fausto, quizá ha pagado un precio demasiado caro por ese dominio: la venta de su alma.

El diagnóstico del profesor Llano es claro. Ahora empezamos a darnos cuenta de lo mucho que hemos perdido en ese trueque. Porque lo que entregamos a cambio fue justamente "lo más necesario de la vida": esa dimensión profunda a la que llamamos *cultura*, y que es -recuerda- el amoroso cultivo de la propia interioridad, esos aspectos más entrañables e íntimos de la existencia, esas cosas insustituibles que no cambiaríamos por nada: la autenticidad de la propia vida, su sentido más hondo, las personas queridas, la religión que recibimos como regalo primordial, la tierra que nos vio nacer, nuestras propias raíces.

Resulta que el Estado del Bienestar está produciendo una gran dosis de *malestar*, señala el profesor Llano: hacia fuera todo son luces de satisfacción consumista; pero, hacia dentro de la familias, el descenso de la calidad de la enseñanza, la desesperación de los drogadictos, el drama del paro o esas bolsas de pobreza que constituyen lo que Juan Pablo II -en su impresionante encíclica *Sollicitudo rei socialis*- ha llamado "el cuarto mundo": el mundo de los marginados, de los miserables, en medio de la sociedades satisfechas.

La *nueva sensibilidad cultural* empieza a percatarse de estas sombras que cubren amplios retazos de las sociedades opulentas. Y comienza a aperebirse de

que el *proyecto moderno* -que nos anunciaba un progreso indefinido- es ya impropugnable.

Pero el profesor Llano no cae tampoco en el maniqueísmo de presentar a la *modernidad* como *mala* y a la *postmodernidad* como *buenas*. En primer lugar, porque hay muchas conquistas de la modernidad que no deben ser olvidadas. Y, en segundo lugar, porque las manifestaciones de la *sensibilidad postmoderna* presentan, a la vez, aspectos positivos y negativos.

Esta ambigüedad de la *postmodernidad* se manifiesta de modo especialmente claro en los llamados "movimientos divergentes", que para Alejandro Llano son el aspecto más vistoso de lo que cabe llamar *nueva sensibilidad*. Y comenta en el libro cuatro de los principales movimientos: ecologismo, feminismo, pacifismo y nacionalismo. Vale la pena seguirle más textualmente.

El *ecologismo* "marca un límite a la pretensión moderna de dominio de la naturaleza". La conciencia ecológica acoge la idea clásica de respeto a lo natural: la convicción de que hay unas formas básicas de vida, las cuales son un don que el hombre ha recibido de Dios. Se "defiende el valor de lo no fabricado por el hombre y el carácter primitivo de las leyes naturales".

Pero, de hecho -matiza Llano-, el ecologismo se convierte muchas veces en una especie de *panteísmo biologista* donde el hombre no es más que un elemento que se debe mimetizar con la naturaleza material, como si sólo fuese una mera parte de ella. Y, para que el hombre no *ataque* a la naturaleza, se propugna la limitación artificiosa de la población. Se produce así "la más cruel de las paradojas: no es raro que el ecologismo y la mentalidad abortista vayan de la mano".

Por eso, es preciso distinguir "entre el *ecologismo* (ideología) y la *ecología* (actitud)". Y esa buena actitud ecológica debería llevarnos a una especie de "ecología ética" que redescubriera los conceptos metafísicos y morales de *finalidad* y *ley natural*.

"El *feminismo* tiene en su base una clara fundamentación humanista y cristiana. La mujer es -ni más ni menos que el varón- persona humana, poseedora de idéntica dignidad y de unos derechos básicos que hasta hace bien poco han sido sistemáticamente conculcados. Pero el feminismo ideológico discurre por unos derroteros bien diferentes: por la vía del igualitarismo radical, que desconoce la peculiaridad de lo femenino y tiende a atacar a la familia tradicional (aunque ya entre los *verdes* alemanes empieza a detectarse la inconsecuencia)".

"Como ha señalado Jesús Ballesteros, el feminismo auténtico sería aquel que -además de denunciar las discriminaciones injustas con más energía que nadie- destacara los aspectos decisivos y originales del modo de ser femenino: el

cuidado, el sentido del matiz y del detalle, el respeto, la ternura, el equilibrio, la atención a lo concreto. Son justamente los valores cualitativos que ha desconocido sistemáticamente la razón racionalista (escorada siempre hacia el cuantitativismo), y que representan las aspiraciones mejores de la *nueva sensibilidad*. Se trata, por cierto, de valores que han de ser vividos tanto por los hombres como por las mujeres".

"El *pacifismo* es -dentro de las actitudes postmodernas- la que conecta más directamente con la actual mentalidad juvenil. Son muchos los que no entienden que la única manera de salvaguardar la paz sea la carrera de armamentos", pues con los actuales medios destructivos es muy difícil que pueda haber hoy una guerra justa.

"Pero el pacifismo radical tiene otros orígenes y otros fines. Busca el equilibrio por el camino más corto, en la línea de un decadente *ecologismo civil*. No suele medir con la misma vara las agresiones de una u otra procedencia, y llega al cinismo del *antes rojo que muerto*. Si el pacifismo es esto -subraya Llano-, no hay que ser *pacifista*, pero sí *pacíficos*. "Como ha dicho Pedro Serna, el pacifista es el que pide paz porque él mismo no la tiene, mientras que el pacífico es el que da paz precisamente porque la posee".

El *nacionalismo*, por último, representa una reacción frente al cosmopolitismo de hamburguesería y de aeropuerto internacional, sin calor y sin sustancia. Es una rebelión ante "el poder que nivela y desposee al hombre de sus tradiciones íntimas y de su derecho a ser *diferente*". Como escribe T. S. Eliot, "el hogar es donde uno comienza", pero es también el lugar al que se puede volver: un ámbito de escala humana que nos cura del desarraigo.

"Pero los nacionalismos radicalizados echan mano de medios violentos, completamente heterogéneos con estos fines", degradando así el concepto de *patria*. "La patria es la casa común, el ámbito de origen y de arraigo", escribe Alejandro Llano. Redescubrir el concepto de patria implica entonces rehabilitar "la virtud de la *pietas*, que nos impulsa a venerar a nuestros mayores y su modo de vivir y pensar". Se trata de reivindicar así "el valor de lo genuino, la fuerza de las tradiciones, la radicalidad de los nacederos de libertad".

Ecologismo, feminismo, pacifismo y nacionalismo tienen algo en común: la renovada valoración de lo inmediato y lo cualitativo, de lo diferente y entrañable. El profesor Llano insiste en este denominador común porque todo ello supone desengancharse de esa razón instrumental y calculadora, que es la propia de la modernidad; y porque este denominador puede verse favorecido por las nuevas tecnologías de la informática y de la comunicación.

De hecho, la nueva sociedad postindustrial está presentando una conexión entre economía y cultura que era impensable hace poco tiempo. Ya se empieza

a valorar más la inteligencia que la fuerza, y la intervención de la persona en el trabajo será más importante que en los clásicos procesos industriales, caricaturizados por Charlot en *Tiempos modernos*.

Basta leer el capítulo dedicado por el profesor Llano a los cambios ocurridos en el interior de las empresas para darse cuenta de que se ha producido un deslizamiento desde el área de la técnica al área de la cultura.

Y es que la "nueva sensibilidad cultural" es, en rigor, un nuevo humanismo a la altura de nuestro tiempo: un "nuevo modo de pensar" que ya comienza a imponerse en la cultura de Occidente. Alejandro Llano lo muestra excelentemente en las páginas sobre "los principios de la nueva sensibilidad", que resulta imposible resumir aquí.

Decía Kafka que la estructura de una casa sólo aparece cuando el edificio está en ruinas. Es lo que ocurre con el llamado *proyecto moderno*, del que todo el mundo se despide hoy. Entre sus residuos ascienden ahora valores auténticos novedosos que tienden a recuperar el humanismo como saber unitario y directivo. "El cultivo de las humanidades -cuyo *revival* en las mejores universidades del mundo también es cifra de la *nueva sensibilidad*- está encaminado a lograr ese suplemento de finalidad que precisa la terapia de la anquilosis cultural".

Frente al mecanicismo de la modernidad, el valor ascendente ahora es el finalismo: la recuperación de la idea de fin. De ahí el interés actual por la teoría de la acción en Aristóteles, ese *back to Aristotle!* tan de moda hoy incluso en el "pensamiento de izquierdas".

Lejos de defender un *pensamiento débil* -sin ética ni metafísica-, la *nueva sensibilidad* trata de conocer íntegramente lo real mediante esa *empatía* mantenida por Edith Stein, y a la que Alejandro Llano dedica sus mejores páginas al final del libro.

*La nueva sensibilidad*, en definitiva, es un libro importante, lleno de sugerencias y de matices. Por eso, el autor alterna tramos "técnicos" con otros más asequibles, pues no ofrece ese típico ensayo con unas conclusiones bien aderezadas aunque sin fundamento. Ante la agonía de la *modernidad* y sin unirse al coro de quejumbrosos, el profesor Llano fundamenta con solidez sus afirmaciones, para presentarnos esa *nueva sensibilidad* cultural que está comenzando una revolución diferente y silenciosa, pero no por eso menos eficaz.

Rafael de los Ríos